

Marco Antonio Montes de Oca/Hablo contigo

Toco las rayas del tigre
Igual que un arpa tibia
Mas luego mi sangre
Se calza nuevas alas
Y lívida vuela hasta la percha
En que tu recuerdo pende
Madre mía lejana.

Giro en torno de mí sin encontrarme
Ardo poco me quemo demasiado
Entre castillos
Que rejuveneciendo retroceden
Hasta el rubio momento
De cuando tenían tres piedras de edad.

De tumbo en tumbo
De tumba en tumba
Tus brazos busco
Sin saber a donde quedas
Y entonces la tierra se reduce
A la inmensidad de tu regazo
Se reduce a formas pintadas en muñecos de nieve
A formas de andar sobre una espada
O de acostarse a jamás dormir.

Otra vez voy a la escuela
Con tu retrato bajo el brazo
Otra vez saludo al profesor
Con la mano pegoteada
Y entre todos me pegan
Hasta que los amenazas desde lejos
Con tu puño lleno de palomas.

La lluvia de arroz
Los sables cruzados por encima de la feliz pareja
El blanco pastel
Los botes vacíos atados al coche de los novios

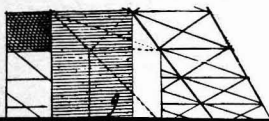
Se han ido más lejos que las ganas de vivir
Y sólo celebraciones negras
Bodas negras de la piedra con el lodo
Enronquecen muchedumbres
En cuyo pecho la nostalgia brama.

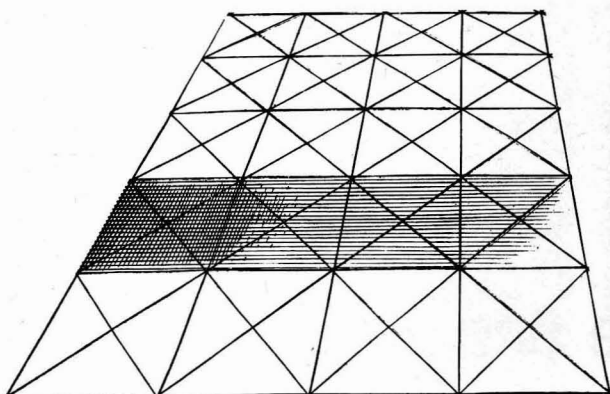
Sale el sol como puede
Se despereza y a gatas se levanta
Sólo para ocultarse nuevamente
No hay poro del cuerpo en que no me duelas
Y Dios mío qué cara llevo a la oficina
Con qué pulso mariposeante
Marco la tarjeta y me regreso
De prisa para que nadie me sonría
Presurosamente rengueando
Hasta mi agujero inundado por tu ausencia.

En verdad te fuiste toda entera
Se marcharon tu voz y tu cabello
La blanca arena virgen
Sufre ahora la amnesia de tus huellas
Nada de nada me dejaste
Sólo tu ausencia planetaria
Sólo el polvo que a mi faz enmascara
Y por el cual mis lágrimas descienden
Trazando devotos caminos reales.

Madre mía lejana
Como crece el África
Ahora que estoy perdido
Algo que parte al rayo me ha partido
Apolo enloquece tras una máscara de abejas
Y la comezón de morir se adensa como nunca
Y me desploma y me derrama
Como un huevo sobre el embaldosado.

Oh cipreses verdinegros





Oh flechas que son aves demasiado flacas
Oh sueños que son la prueba
El testimonio amoratado
De las innumerables vías
Con que el deseo penetra en el fracaso:

Otra vez soy el niño
Con manos y pies arrugados
De tanto permanecer en el agua deslumbrada
Y he aquí que la voz se raya
Al repetir tu nombre un año entero
Y al aullar con la garganta calcinada
Cuando tu vestido regresa del jardín
Sin nadie adentro.

Funeralmente y para siempre estoy en vilo
Abro los ojos
Con un pisapapeles de plomo
Atado a las pestañas
Y en seguida me entumo
Y luego me congelo
Oh tierra del cervatillo
Moteado con monedas de nieve
Dulce herida a flor de pétalo
Harina de oro bien cernido
Madre mía indecible.

Descansa en la paz mía que te llevaste
Vuela pero vuelve
Vuelve pero vuela
Entre laderas en que el trigo reza cabizbajo.

Camina como una fuente que camina
Canta en honor de las sirenas lapidadas
Allá abajo entre las aguas que ciegas se entrelazan
Sopla en la flauta de alabastro
Burbujas de plata centelleante.

Basta entrar en mí para saber que no te has ido
Basta mirar el nicho de piedra
Para saber que ahí no cabes:
Soy yo quien te contiene
Y te lleva a todas partes
Tal un palanquín viviente
Una ola descalza
Una custodia que al tocarte se amarilla
Y crece y eriza sus reflejos
Como si fuera la cabeza de un león triunfante.

Yo soy quien te lava con fulgores
De una esmeralda que agoniza
Soy yo
Y es la garganta del héroe
Y son las islas de sal amotinada
Los que te dejamos en el ciego umbral
Mientras el corazón te ofrece
Latir por los dos sin gran esfuerzo.

Siempre es posible el regicidio
De odiar la vida
Pero los nigrománticos
Los osados exorcistas
Ignoran que te has ido para no partir
No saben que antes del viaje
Ya estabas de regreso
No saben cómo lo sabrían
Que tu paradero no puede ser buscado
Porque nunca te has perdido.

Hablo contigo como si yo hubiera muerto
Hablo contigo y caigo enfermo
Al no comprender
Por qué afirman que estás muerta
Si en realidad estás conmigo
Madre mía lejana.